

praron voluntariamente con su vida una noche pasada con Cleopatra, y no es imposible este sacrificio en la embriaguez de la pasión. Pero supongamos que viese el aparato del suplicio, seguro de perecer en los tormentos pasado un cuarto de hora, el hombre más furioso y que menos domine sus sentidos, y no solamente se haría superior desde aquel punto a las tentaciones, sino que le costaría poco resistirse a ellas: en breve le distraería de su gozo la horrorosa imagen con que vendrían acompañadas, y siempre repelidas se cansarían de volver. La tibieza sola de nuestra voluntad es la que constituye nuestra flaqueza; siempre somos fuertes para ejecutar lo que con fuerza queremos: *volenti nihil difficile, nada es difícil para quien quiere*. ¡Oh, si detestáramos el vicio tanto como amamos la vida, con tanta facilidad nos abstendríamos de una culpa agradable como de un veneno mortal en un manjar delicioso!

¿Quién no ve que si todas las lecciones que sobre este punto se dan a un mancebo son sin fruto, consiste en que no tienen la razón apropiada a sus años, y en todas edades importa revestir la razón de formas que la hagan amable? Habladle con gravedad cuando fuere necesario, pero tenga siempre lo que le digáis un atractivo que le fuerce a escucharos. No os opongáis con sequedad a sus deseos; no ahoguéis su imaginación, guiadla, no sea que engendre monstruos. Habladle del amor, de las mujeres, de los deleites; haced que en vuestras conversaciones encuentre un embeleso que halague su juvenil corazón; tratad por todos los medios que os haga su confidente: sólo a título de tal seréis verdaderamente maestro suyo. No temáis entonces que le aburran vuestras conferencias; al contrario, os hará hablar más de lo que queráis.

Si conforme a estas máximas he sabido tomar todas

las precauciones necesarias y decir a mi Emilio las cosas que se adaptan con la situación a que ha llegado con el progreso de los años, seguro estoy de que vendrá por sí mismo al punto a que le quiero traer, que se pondrá con anhelo bajo mi protección y que con todo el calor de su edad me dirá asustado con los peligros que ve que le cercan: «¡Oh, amigo, amparo y maestro mío! Volved a tomar la autoridad que queréis abandonar en el punto que más importa que la conservéis; hasta aquí la teníais por mi flaqueza; de hoy más la tendréis por mi voluntad, y será para mí más sagrada. Defendedme de todos los enemigos que me sitian y, sobre todo, de los más alevos que dentro de mí llevo; vigilad sobre vuestra obra para que permanezca digna de vos. Quiero obedecer siempre vuestras leyes y, si alguna vez os desobedezco, será a despecho mío: hacedme libre amparándome contra mis pasiones que me avasallan, y logre yo ser mi árbitro propio, no obedeciendo a mis sentidos, sino a mi razón».

Cuando hayáis traído a vuestro alumno a este punto (y si a él no viniere la culpa será vuestra), guardaos de cogerle muy pronto la palabra, para que si alguna vez le parece demasiado penoso vuestro imperio, no se crea con derecho a zafarse de él, acusándoos de que le cogisteis desprevenido. En este instante son oportunas la gravedad y la discreción, y este tono le impondrá más respeto, porque será la primera vez que os le haya visto tomar.

Le diréis por tanto: «Joven, con mucha ligereza contraéis empeños arduos; sería necesario que los conociérais, para tener derecho a formarlos: no sabéis con qué furor arrastran los sentidos a vuestros semejantes en la honda sima de los vicios con el cebo del deleite. No tenéis un alma villana, bien lo sé; nunca

violareis vuestra fe; mas ¡cuántas veces os arrepentiréis de haberla empeñado! ¡Cuántas veces maldeciréis a quien os ama, cuando por libraros de los males que os amenazan se vea forzado a haceros pedazos el corazón! Así, agitado Ulises con el canto de las sirenas, clamaba a sus conductores para que le desatasen: embebidos con los seductores atractivos del placer, queréis quebrantar los vínculos que os ligen, me importunaréis con vuestras quejas, me echaréis en cara mi tiranía, cuando con más ternura me afane por vos; sin pensar más que en vuestra dicha, me acarrearé vuestro aborrecimiento. ¡Emilio mío! nunca podré sobre llevar la idea de serte odioso, tu misma dicha es muy costosa a ese precio. ¿No veis, buen joven, que obligándoos a obedecerme me obligáis a que os guíe, a que me olvide de mí para consagrarme a vos, a no escuchar ni vuestras quejas ni vuestras murmuraciones, a oponerme sin cesar a vuestros gustos y los míos? Me imponéis un yugo más duro que el vuestro. Antes que ambos con él carguemos, consultemos nuestras fuerzas; tomaos tiempo, dádmele para que yo lo piense, y sabed que el que más tarde es en prometer siempre es el más puntual en cumplir».

Conoced también que cuanto más dificultades pongáis acerca de este empeño, más facilitaréis su cumplimiento. Importa que reconozca el mozo que promete mucho, y que vos prometéis todavía más. Cuando haya llegado la hora, y cuando haya firmado, por decirlo así, el contrato, mudad entonces de estilo; usad de tanta blandura en vuestro imperio, como severidad le habíais anunciado. Decidle: «Amado joven, os falta experiencia, pero yo he hecho de manera que no os faltase razón; en estado os halláis de ver siempre los motivos de mi conducta: para eso sólo necesitáis aguardar a que estéis sereno. Obedeced siempre y pe-

didme luego cuenta de mis preceptos; siempre estaré dispuesto a haceros ver la razón de ellos así que tengáis serenidad para oirme, y nunca temeré haceros juez entre vos y yo. Prometéis ser dócil, y yo prometo usar de esta docilidad tan sólo para hacer que seáis el más feliz de los hombres. Os doy por fianza de mi promesa la suerte que hasta aquí habéis disfrutado: halladme uno de vuestra edad que haya pasado una vida tan grata como la vuestra, y no os prometo cosa ninguna».

Después de establecida mi autoridad, mi primer cuidado será precaver la necesidad de hacer uso de ella. Nada omitiré para granjearme más y más su confianza, para hacerme el confidente de su corazón y el árbitro de sus placeres. Lejos de oponerme a los gustos de su edad, los consultaré para enseñorearme de ellos; me acomodaré a sus planes para dirigirlos; no le proporcionaré una remota felicidad a costa de la presente. No quiero que sea feliz una vez, sino, a ser posible, siempre.

Los que quieren conducir con cordura la mocedad para preservarla de los lazos de los sentidos, la inspiran aversión al amor y les falta poco para mirar como delito que a su edad piense en él, como si fuera el amor negocio de viejos. Nunca persuaden estas engañosas lecciones que desmiente el corazón. Encaminado el mancebo por un instinto más cierto, se ríe en secreto de las tristes máximas a que finge dar asenso, y sólo aguarda la ocasión para hacerlas vanas. Todo esto va contra la Naturaleza. Siguiendo un camino opuesto, llegaré con más seguridad al mismo punto: no temeré acariciar en él el halagüeño afecto de que está prendado; se le pintaré como la dicha suprema de la vida, porque efectivamente lo es; cuando yo se la pinte, quiero que se abandone a él; haciéndole tocar

el embeleso que al deleite sensual añade la unión de los corazones, le apartaré de la disolución, y por amor le haré recatado.

¡Qué cortos alcances ha de tener quien en los nacientes deseos de un mozo sólo contemple un obstáculo a las lecciones de la razón! Yo veo el verdadero medio de hacerle dócil a estas mismas lecciones. Las pasiones sólo se contrarrestan con otras; por su imperio se ha de resistir su tiranía, y siempre se han de sacar de la misma naturaleza los instrumentos propios para regularla.

No está Emilio destinado a vivir siempre solitario; miembro de la sociedad, debe desempeñar sus obligaciones; nacido para tratar con hombres, los debe conocer. Conoce al hombre en general; le falta conocer a los individuos. Sabe lo que hacen en el mundo; fáltale ver cómo viven. Es tiempo de manifestarle lo exterior de esta vasta escena, cuyo oculto juego conoce ya. No se presentará con la estúpida admiración de un mozo atolondrado, sino con el discernimiento de un espíritu recto y sano. Sin duda le podrán engañar sus pasiones: ¿cuándo no engañan a quien se deja llevar de ellas? Pero al menos no le engañarán las ajenas. Si las ve, será con los ojos del sabio, sin que le arrastren sus ejemplos ni le seduzcan sus preocupaciones.

Así como hay una edad idónea para el estudio de las ciencias, hay otra para coger bien el estilo del mundo. El que aprende este estilo de muy joven, le sigue toda su vida sin reflexión ni discernimiento y, aunque con mucha presunción, sin saber nunca lo que se hace. Pero el que le aprende y ve las razones de él, le sigue con más conocimiento y, por consiguiente, con más gracia y más tino. Dadme un chico de doce años que no sepa nada de cosa alguna; a los quince os le vuelvo sabiendo tanto como el que desde sus primeros años

habéis instruído, con la diferencia de que el saber del vuestro residirá en su memoria y el del mío en su juicio. Del mismo modo, introducid a un mozo de veinte años en el mundo; bien guiado, será dentro de un año más amable y urbano, con más juicio que el que se hubiere criado en él desde su niñez; porque como el primero es capaz de conocer las razones de todos los procederés relativos a la edad, condición y sexo, que constituyen este uso, puede reducirlos a principios y aplicarlos a los casos no previstos, mientras el otro, que no tiene más regla que la práctica, se halla atascado en cuanto sale de ella.

Las señoritas francesas se educan todas en conventos hasta que las casan. ¿Se echa de ver que se amolden con dificultad a modales que son para ellas tan nuevos? ¿Acusará alguien a las mujeres de París de que no tienen desenvoltura ni gracia, o de que no saben el estilo del mundo porque no se han criado en él desde niñas? Sostienen esta preocupación las mismas personas de la corte que, no conociendo cosa más importante que esta mezquina ciencia, se figuran, contra todo fundamento, que nunca es sobrado temprano para aprenderla.

Verdad es que tampoco se ha de aguardar hasta muy tarde. El que ha pasado su mocedad lejos de personas de trato fino, tiene después entre gentes un aire atado y violento; dice siempre cosas fuera del caso; sus modales son pesados y desmañados, sin que el hábito de vivir con gentes finas se los pule, pues, al contrario, afanando por atildarse se torna más ridículo. Cada género de instrucción tiene su tiempo oportuno que es necesario conocer, y sus riesgos que se han de evitar: y en ésta se reúnen más particularmente; pero tampoco expongo a ella a mi alumno sin precauciones que le preserven de estos peligros.

Cuando mi método presenta un mismo objeto a cualquier parte que se tienda la vista, y cuando remedia un inconveniente precaviendo otro, entonces creo que es bueno y que no salgo de la verdad. Esto me parece hallarlo en el medio que aquí me ocurre. Si quiero ser austero con mi discípulo, perderé su confianza, y en breve se esconderá de mí; si quiero ser condescendiente y fácil, o cerrar los ojos, ¿qué le sirve estar bajo mi tutela? No hago más que autorizar sus desórdenes y descargar su conciencia a costa de la mía. Si le introduzco en el mundo con sólo el proyecto de que se instruya, se instruirá más de lo que yo quiera. Si le mantengo distante de él hasta el fin, ¿qué habrá aprendido conmigo? Todo, acaso, menos el arte más indispensable para el hombre y para el ciudadano, que es saber vivir con sus semejantes. Si presento a sus atenciones una utilidad muy remota, será como nula para él, que sólo de lo presente hace aprecio. Si me ciño a ofrecerle pasatiempos, ¿qué provecho le hago? Se afemina y no se instruye.

Nada de eso: mi expediente solo lo remedia todo. «Tu corazón, digo al mancebo, necesita una compañera; vamos a buscar la que te conviene: acaso no la encontraremos con facilidad, pues siempre es raro el mérito verdadero; pero no nos precipitemos ni aburramos. Sin duda habrá alguna, y al cabo daremos con ella». Con proyecto tan halagüeño le introduzco en el mundo. ¿Qué más necesito decirle? ¿No veis que ya está todo hecho?

Cuando le pinte la dama que le destino, imaginaos si sabré hacer que me escuche, que mire con estimación y complacencia las prendas que debe amar, y que estén preparados todos sus afectos para lo que ha de buscar o evitar. Preciso es que sea yo el más desmañado de los hombres si no le apasiono de antemano,

sin que sepa él de quien. Nada importa que sea imaginario el objeto que le pinte; basta con que le inspire aversión a los que pudieran tentarle; basta con que en todas partes halle comparaciones que le hagan preferir su fantástico objeto a los reales que se le presentaren, y el mismo amor verdadero, ¿acaso es otra cosa que fantasía, ilusión, mentira? Más se ama la imagen que uno se fragua, que el objeto a que la aplica. Si se viese lo que amamos exactamente cómo es, no habría amor en la tierra. Cuando cesa uno de amar, la persona amada se queda la misma que antes, pero ya no la ve lo mismo; se descorre el velo del prestigio y el amor se desvanece. Luego, fraguando el objeto imaginario, soy árbitro de las comparaciones y fácilmente impido la ilusión de los objetos reales.

No por eso quiero que engañemos a un joven pintándole un dechado de perfección que no pueda existir; pero de tal modo escogeré los defectos de su dama, que a él le gusten, y sirvan para corregirle de los suyos. Tampoco quiero que se mienta, afirmándole que existe el objeto que le pintamos; pero si se complace en la imagen, pronto anhelará por encontrar el original. Este anhelo está muy próximo a la suposición; es negocio de algunas descripciones hechas con maña, que bajo perfiles más sensibles den a este imaginario objeto alguna apariencia de verdad. Si hasta quisiera nombrársele, le diría riendo: «Llamemos *Sofía* a vuestra dama futura. *Sofía* es nombre de buen agüero: si no es el de la que elijáis, merecerá a lo menos que lo sea, y podemos honrarla con él por adelantado». Después de todas estas menudas circunstancias, si satisfago con equívocas respuestas a sus preguntas, sin decirle que sí ni que no, creará que le hago misterio de la esposa que le destino y que la verá cuando sea tiempo. Si una vez le tenemos en esto y ha sido buena la elec-

ción de la imagen que le hemos bosquejado, todo lo demás es fácil; podemos aventurarlo en el mundo casi sin riesgo: defendedle sólo de sus sentidos, que seguro está su corazón.

Pero, realice o no el modelo que haya sabido yo hacerle amar, si está bien hecho este modelo no le dará menos apego a todo cuanto se le parezca, y menos aversión a cuanto se le diferencie, que si fuese un objeto real. ¡Qué ventaja tan grande para preservar su corazón de los riesgos a que debe estar expuesta su persona, para enfrenar con su imaginación sus sentidos, para sacarle sobre todo de las redes de esas que se encargan de la educación de los mozos y se la hacen pagar tan cara enseñándoles el trato fino y quitándoles toda honestidad! ¡Sofía es tan modesta! ¿Con qué ojos ha de mirar sus desenvolturas? ¡Sofía es tan sencilla! ¿Cómo ha de gustar de sus afeites? Mucho distan de sus ideas sus observaciones, para que corra peligro con éstas.

Todos los que hablan de conducir los niños siguen las mismas preocupaciones y máximas, porque observan mal y reflexionan todavía peor. Ni por el temperamento ni por los sentidos empieza el descarrío de la juventud, sino por la opinión. Si se tratase aquí de los muchachos que se educan en los colegios y de las niñas que se educan en los conventos, haría ver que aun con relación a éstos es cierta mi proposición; porque las primeras lecciones que toman unos y otras, y las únicas que dan fruto, son las del vicio, y no es la Naturaleza quien los estraga, sino el ejemplo. Pero abandonemos los pensionistas de los colegios y de los conventos a sus malas costumbres, que siempre serán irremediables. Hablo sólo de la educación doméstica. Coged a un mancebo educado con recato en casa de su padre en una provincia y examinadle cuando se in-

troduce en el mundo, hallaréis que piensa bien acerca de las cosas honestas y tiene tan sana la voluntad como la razón; que desprecia el vicio y mira con horror la disolución; al solo nombre de una prostituta, veréis en sus ojos el escándalo de la inocencia. Sostengo que no hay uno que se determinase a entrar solo en las tristes moradas de estas infelices, aun cuando supiese el uso y sintiese la necesidad de ellas.

Considerad de nuevo, seis meses después, al joven mismo, y no le conoceréis: sus expresiones libres, sus máximas de corte, su ademán resuelto, harían creer que era otro, si sus chanzonetas sobre su pasado candor, su vergüenza cuando se le acuerdan, no manifestasen que es el mismo y que de ello se sonroja. ¡Oh, cuánto se ha formado en poco tiempo! ¿De dónde procede tan grande y repentina mudanza? ¿Del progreso del temperamento? Pues no hubiera hecho éste los mismos progresos en casa de su padre? Y allí ciertamente no hubiera tomado ni este estilo ni estas máximas. ¿De los primeros placeres de los sentidos? Muy al contrario; el que a ellos empieza a entregarse está inquieto, medroso, huye del bullicio y de ser visto. Los primeros deleites siempre son misteriosos; los sazona y oculta el pudor; la primera dama hace tímido, no descarado. Absorto en un estado tan nuevo para él, se recoge el mancebo para saborearle y siempre está temblando de perderle. Si es estrepitoso, ni goza ni ama; el que se alaba no ha gozado.

Sólo el distinto modo de pensar ha producido estas diferencias. Todavía es el mismo su corazón: pero han variado sus opiniones. Sus afectos, más tardos en alterarse, al cabo se alterarán por ellas, y entonces sí que estará verdaderamente estragado. Apenas se ha metido en el mundo cuando adquiere en él una educación opuesta en todo a la primera, en fuerza de la

cual aprende a despreciar lo que estimaba y a estimar lo que despreciaba: le enseñan a que tenga las lecciones de sus padres y maestros por una jerga de pedantes, y las obligaciones que le han predicado por una moral de chiquillos que cuando hombre debe desdeñar. Por su honra se cree obligado a variar de conducta; se torna atrevido sin deseos y presumido por mala vergüenza: se mofa de las buenas costumbres, antes de haber cogido gusto a las malas, y presume de disolución sin ser disoluto. No me olvidaré nunca de la confesión de un joven oficial de guardias suizas, que sé aburría mucho con los estrepitosos deleites de sus camaradas, y no se atrevía a retirarse de ellos por temor de que le hiciesen burla. «Me ejercito en esto, decía, como en tomar tabaco, no obstante mi repugnancia; con el hábito vendrá la afición, que no ha de ser uno niño toda la vida».

Por eso menos hemos de preservar a un mozo que empieza a vivir en el mundo, de la sensualidad que de la vanidad: más cede a las ajenas propensiones que a las suyas, y más disolutos hace el amor propio que el amor.

Esto supuesto, pregunto si hay en la tierra entera otro mejor armado que el mío contra todo lo que puede combatir sus costumbres, sus afectos y sus principios: si hay uno más dispuesto para resistir al torrente. Porque, ¿contra qué seducción no está defendido? Si le arrastran sus deseos hacia el sexo, no encuentra en él lo que busca, y ocupado ya su corazón le contiene. Si le agitan y le estrechan sus sentidos, ¿dónde hallará con qué contentarlos? El horror del adulterio y la disolución le desvía igualmente de las ramerías que de las mujeres casadas, y los desórdenes de la juventud siempre empiezan por uno de estos dos estados. Una soltera puede ser desenvuelta, pero no será pro-

vocativa; no irá a brindar con su persona a un mozo que se puede casar con ella si la juzga honesta; además de que siempre habrá alguien que la cele. Por su parte, no estará Emilio totalmente abandonado a sí propio; ambos tendrán al menos por custodios el miedo y la vergüenza, inseparables de los primeros deseos; de repente no llegarán a las últimas familiaridades y no tendrán tiempo de llegar sin estorbo a ellas poco a poco. Para que sea de otro modo, es preciso que haya tomado ya lecciones de sus camaradas, que haya aprendido de ellos a mofarse de su propio recato y a tornarse insolente a imitación suya. Pero, ¿qué hombre hay en el mundo menos imitador que Emilio, y que menos se deje llevar de burlas, pues no tiene preocupaciones ni cede nada a las de los demás? Veinte años he trabajado en armarle contra los burlones: más de un día necesitan éstos para que se deje dominar de ellos; porque a sus ojos el ridiculizar es la razón de los tontos, y no hay cosa que haga más insensible a la ironía que ser superior a la opinión. En vez de donaires necesita razones, y, mientras de aquí no saliere, poco miedo tengo de que le saquen de mi poder mozalbetes locos, militando por mí su conciencia y la verdad, y si la preocupación ha de entrar a la parte, algo es también un cariño de veinte años; nunca le harán creer que yo le haya aburrido con inútiles lecciones, y en un pecho sensible y recto la voz de un fiel y verdadero amigo sabrá poner silencio a los gritos de veinte seductores. Como entonces no se trata más que de hacerle ver que le engañan y que, fingiendo tratarle como hombre, le tratan realmente como niño, afectaré ser siempre sencillo, aunque grave y claro en mis razones, para que conozca que yo soy quien le trato como hombre. Le diré así: «Ya veis que vuestro interés, que es el mío, es el único que dicta

mis razones, y que no puedo tener otro. Mas, ¿por qué os quieren persuadir esos mozos? ¿Por qué quieren seduciros? Ni os aman ni se interesan por vos: su único motivo es un secreto despecho de que valgáis más que ellos; quieren rebajaros hasta su mezquina medida, y si os acusan de que os dejáis gobernar, es por gobernaros ellos. ¿Podéis creer que adelantaríais algo con esta mudanza? ¿Tan aventajada es su discreción? ¿Es su cariño de un día más sólido que el mío? Para que sus escarnios tuviesen algún peso fuera necesario que le tuviese su autoridad, ¿y cuál es su experiencia, para que hayan de preferirse sus máximas a las nuestras? No han hecho más que imitar a otros atolondrados, así como quieren que recíprocamente los imiten a ellos. Por hacerse superiores a las pretendidas preocupaciones de sus padres, se esclavizan con las de sus camaradas. No veo lo que ganan con eso, pero sí que pierden dos grandes ventajas; la del cariño paterno, cuyos consejos son sinceros y tiernos, y la de la experiencia, que hace que falle uno de lo que conoce; porque los padres han sido hijos y los hijos no han sido padres.

»Pero ¿los creéis sinceros, a lo menos en sus locas máximas? No por cierto, amado Emilio; por engañaros se engañan ellos; no están acordes consigo mismo, sin cesar los desmiente su corazón y con frecuencia los contradice su boca. Hay de ellos quien se mofa de todo cuanto es honesto, y se desesperaría de que su mujer pensara como él. Otro lleva tan adelante la indiferencia de costumbres, que comprenderá en ella las de la mujer que aun no tiene, o, por cúmulo de infamia, hasta las de la mujer que ya tiene: pero seguid más adelante, habladle de su madre y ved si se allanará con gusto a ser reputado fruto de adulterio, hijo de una mujer de mala vida, a llevar sin corresponder-

le el nombre de su familia, a robar su patrimonio a su legítimo heredero, por fin, si sufrirá con paciencia que le traten de bastardo. ¿Quién de ellos quisiera que cayese sobre su hija el deshonor de que cubre la ajena? Ni uno hay que no hiciera por quitaros la vida, si practicaseis con él todos cuantos principios se esfuerza en inspiraros. Así muestran al cabo su inconsecuencia y se ve que ninguno de ellos cree en lo que dice. Estas son mis razones, querido Emilio: pesad las tuyas, si algunas alegan, y comparadlas. Si, como ellos, quisiera valerme de la ironía y el desprecio, veríais cuán fácil es hallar su flaco para ridiculizarlos, tanto como ellos a mí, y más acaso. Pero no temo yo un examen serio. Poco dura el triunfo de los burlones; la verdad permanece y la loca risa de aquéllos se disipa».

No creéis que pueda Emilio ser dócil a los veinte años. ¡De cuán distinto modo pensamos! Yo no concibo cómo podía serlo a los diez: porque de esta edad, ¿qué agarradero tenía yo en él? Quince años de afanes he necesitado para labrar este asidero. Entonces no le educaba, que le preparaba para ser educado: ahora lo está lo suficiente para ser dócil; conoce la voz de la amistad y sabe obedecer a la razón. Verdad es que aparento dejarle en completa independencia, pero nunca estuvo más sujeto a mí; pues lo está porque quiere estarlo. Mientras no he podido hacerme dueño de su voluntad, no he soltado su persona; no le dejaba un paso. Ahora le abandono alguna vez a sí mismo, porque siempre le gobierno. Cuando le dejo le doy un abrazo, y le digo con toda confianza: «Emilio, de mi amigo te fío; te entrego a tu honrado corazón; él me responderá de ti».

No es negocio de un instante estragar afecciones sanas que ninguna alteración anterior han padecido, ni borrar principios derivados inmediatamente de las

primeras luces de la razón. Si sucede alguna mudanza durante mi ausencia, nunca será ésta tan larga, ni sabrá él esconderse tan bien de mí que conozca yo el riesgo antes que se declare la enfermedad, y que no esté a tiempo de poner remedio. Como nadie se deprava de repente, tampoco aprende de repente a disimular, y, si hay un hombre sin maña para este arte, es Emilio, que nunca se halló en ocasión de usarle.

Con estas atenciones y otras semejantes, tan resguardado presumo que está de los objetos externos y de las máximas vulgares, que más quisiera verle en medio de la peor compañía que solo en su aposento o en un jardín entregado a toda la inquietud de su edad. Por más que hagamos, de cuantos enemigos pueden acometer a un mancebo, el más peligroso y el único que no se puede ahuyentar es el propio; pero este enemigo sólo por culpa nuestra es temible; porque, como he dicho mil veces, por la imaginación sola se despiertan los sentidos; su necesidad no es propiamente necesidad física, ni es cierto que sea verdaderamente tal. Si nunca se hubiera presentado a nuestros ojos un objeto lascivo, ni se hubiera introducido en nuestro espíritu una idea deshonesta, acaso nunca hubiéramos sentido esta pretendida necesidad y habríamos permanecido castos sin tentación, sin esfuerzo y sin mérito. No sabemos las fermentaciones sordas que en la sangre de la juventud excitan ciertas situaciones y ciertos espectáculos, sin que sepa ella misma distinguir la causa de esta primera inquietud, que no es fácil de serenar y no tarda en renacer. Yo por mí, cuanto más reflexiono en esta importante crisis y en sus causas próximas y remotas, más me convenzo de que un solitario educado en un desierto, sin libros, sin instrucciones y sin mujeres, moriría virgen, de cualquiera edad que le llegase la muerte.

Mas no tratamos aquí de un salvaje de esta especie. Educamos a un hombre entre sus semejantes y para la sociedad, y no es posible, ni conviene tampoco, que le criemos siempre en esta saludable ignorancia, y lo peor que hay para guardar cordura es saber a medias. La memoria de los objetos que nos han hecho impresión, las ideas que hemos adquirido, nos siguen al retiro, le pueblan a despecho nuestro de imágenes más seductoras que los mismos objetos, y hacen tan fatal la soledad para el que las lleva consigo como útil para el que se mantiene en ella siempre.

Vigilad, por tanto, atentamente sobre el joven; de todo lo demás se podrá preservar él; pero a vos toca preservarle de sí propio. No le dejéis solo de día ni de noche; acostaos en su cuarto: no se meta en la cama hasta estar rendido de sueño y salga de ella así que despierte. Desconfiad del instinto, cuando ya no estáis ceñido a él: es bueno mientras que obra sólo; es sospechoso así que se combina con las instituciones de los hombres: no se le ha de destruir, se le ha de regular, y más dificultoso puede ser ésto que aniquilarle. Muy peligroso fuera que enseñase a vuestro alumno a alucinar sus sentidos y suplir las ocasiones de satisfacerlo; si una vez conoce este peligroso suplemento, está perdido: siempre su cuerpo y su corazón quedarán enervados; hasta el sepulcro conservará los tristes efectos de este hábito, el más funesto a que se pueda exponer un joven. Todavía valiera más sin duda... Si se tornan invencibles los furors de un temperamento ardiente, te compadezco, mi amado Emilio; mas no tutearé un punto, no consentiré que se eluda el fin de la Naturaleza. Si te ha de sojuzgar un tirano, primero te entrego a aquél de quien te puedo librar: sea como fuere, más fácilmente te sacaré de manos de las mujeres que de ti propio.



Hasta los veinte años crece el cuerpo y necesita de toda su substancia: entonces está la continencia en el orden de la Naturaleza, y sólo a costa de su constitución falta uno a ella. Pasados los veinte años, la continencia es una obligación moral, que importa para aprender a reinar en sí mismo y a permanecer árbitro de sus apetitos. Pero las obligaciones morales tienen sus modificaciones, sus excepciones y sus reglas. Cuando la flaqueza humana hace inevitable una alternativa, prefiramos el menor de los dos males; en todo estado de cosas vale más cometer una culpa que contraer un vicio.

Acordaos de que aquí hablo de vuestro alumno y no del mío. Sus pasiones, que habéis dejado fermentar, os dominan: cededles, pues, sin rebozo y sin encubrirle su victoria, que si sabéis pintársela con sus naturales colores, antes se avergonzará que se engreirá con ella, y os reservaréis el derecho de guiarle durante su extravío para hacer que, al menos, evite los precipicios. Importa que nada, ni aun lo malo, haga el discípulo, que no sepa y quiera el maestro, y cien veces más vale que apruebe el ayo una culpa y se engañe, que si le engañara su alumno y se cometiera la culpa sin que él lo supiese. Quien cree que debe cerrar los ojos para algo, se ve en breve precisado a cerrarlos para todo: la tolerancia del primer abuso acarrea otro, y esta cadena no se acaba hasta el trastorno de todo orden y el menosprecio de toda ley.

Otro error que ya he impugnado, pero que nunca saldrá de los espíritus apocados, es afectar siempre la dignidad magistral y querer ser reputado por su discípulo como un hombre perfecto. Este método es contrario a la razón. ¿Cómo no miran que pretendiendo afianzar su autoridad la destruyen, que para hacer que se escuche lo que dicen es preciso que se colo-

quen en lugar de aquéllos a quienes se dirigen, y que es necesario ser hombre para saber hablar al corazón humano? Todos esos varones perfectos ni mueven, ni persuaden; siempre decimos que les es bien fácil lidiar con pasiones que no sienten. Mostrad vuestras flaquezas a vuestro alumno, si queréis sanarle de las suyas; vea en vos los mismos combates que experimenta él; aprenda a vencerse a ejemplo vuestro y no diga como los demás: «Estos viejos, despechados porque ya no son mozos, quieren tratar a los mozos como si fueran viejos, y porque están ya apagados sus deseos juzgan los nuestros como delito».

Dice Montaigne que preguntó un día al Sr. de Langey cuántas veces se había embriagado en sus negociaciones de Alemania, por servir al rey (33). De buena voluntad preguntara yo al ayo de cierto mozo cuántas veces había entrado en una mancebía por servir a su alumno. ¿Cuántas veces? me equivoco. Si la primera no quita para siempre al disoluto el deseo de volver a ella, si no sale confuso y avergonzado, si no derrama en vuestro seno torrentes de lágrimas, abandonadle al punto; o es un monstruo, o vos un imbécil que nunca le serviréis para nada. Mas dejemos estos expedientes extremos, tan tristes como peligrosos, y que ninguna conexión tienen con nuestra educación.

¡Cuántas precauciones hay que tomar con un mozo de buena índole, antes de exponerle al escándalo de las costumbres del siglo! Penosas son estas precauciones, pero indispensables; la negligencia en este punto echa a perder toda la juventud; por el desorden de la edad primera degeneran los hombres y les vemos llegar a lo que son. Viles y cobardes en sus mismos vi-

(33) Es el problema de Du Bellay, señor de Langey, excelente diplomático, buen capitán y mal cortesano.